

un templo en sus criaturas.  
 En todas las ocasiones  
 y en todas partes, á Dios  
 se encuentra; no sólo en los  
 seguros de los rincones;  
 que en los peligros estalla  
 y en el tumulto, el amor,  
 como hombre que su valor  
 da á entender en la batalla.  
 No sólo manda la fe  
 querer el bien, mas forzarlo  
 con todas las armas que  
 Dios nos dió para lograrlo.  
 Y así huyan, que no conviene,  
 y es funesta devoción,  
 de aquella en que á quedar viene  
 prisionera la razón.  
 Huyan del gusto y regalo  
 de los deliquios divinos;  
 echen su alma á los caminos  
 con una alforja y un palo;  
 den voces, por despertar  
 los espíritus dormidos;  
 sean torrentes crecidos,  
 que agua quieta da en menguar.  
 Mírenme tantas llanuras  
 de esta tierra castellana,  
 que es tan ancha y lisa y llana  
 que tienta las andaduras,  
 ¡y échense por ella en pos  
 de Dios cuando no responda,  
 que ella es para dar con Dios

dondequiera que se escondal  
 No me desprecien lo humano  
 para hacer su alma más pura,  
 que Dios no ha llevado en vano  
 carne de nuestra figura;  
 que entre pastores y reyes,  
 cuando de frío temblaba,  
 ¡ya el mundo santificaba  
 desde el vaho de los bueyes!  
 Piensen que aquello en que fundo  
 más esperanza de palmas,  
 no es quitarle almas al mundo,  
 ¡sino, en el mundo, hacer almas!  
 Y así, á los pies de la Cruz,  
 sean nuestros corazones,  
 astros, no; pero carbones  
 que den calor y den luz!...  
 Con esto, olvídenme á mí,  
 pero guarden mis consejos,  
 que, porque fueran más lejos,  
 tantas veces los corrí.  
 Y mientras la hora me llega  
 de dar mi alma al bien que imploro,  
 recen por la Fundadora,  
 que apenas alcanzá á lega,  
 tosca, ruin y pecadora,  
 ¡mas, por Dios, á toda hora  
 caminante y andariega!...

*(La Madre Priora le besará las  
 manos con devoción, casi arro-  
 dillada á sus pies; algunas mon-  
 jas, conmovidas, le besan los pa-*

*ños del hábito, rodeándola; Teresa levanta sus ojos al cielo, como la otra vez, en una breve oración mental, y la Hermana Tornera, un poco descompuesta, llega por la puerta del fondo y dice:)*

HERMANA TORNERA

¡Ya está aquí, madre!

DOÑA BEATRIZ

*(Sobresaltada.)*

¿Quién es?

HERMANA TORNERA

Aquel señor Secretario del Rey, Don Antonio Pérez, por Doña Ana preguntando.

DOÑA BEATRIZ

¿Se le ha dicho que las órdenes?...

HERMANA TORNERA

Las trae del Rey, en despacho de donde cuelgan los sellos reales, que me ha mostrado.

DOÑA BEATRIZ

¿Y pide?...

HERMANA TORNERA

Ver á Doña Ana en su celda ó en el claustro; le acompañan veinte lanzas montando recios caballos.

TERESA DE JESÚS

*(Serena y con gracejo.)*

¡Oh, para hacer fuerza á Dios son muy pocos veinte palos!...

*(A la Hermana Tornera.)*

Decid que entre.

*(Sale la Hermana Tornera por el fondo; Teresa de Jesús hace gesto á la Comunidad que se retire. Salen las monjas por la lateral derecha. Teresa dice á la Madre Priora, al quedar á solas con ella:)*

Dejad, madre, caer el velo, ocultando vuestro rostro; yo prefiero recibirle á rostro franco; que, como voy de camino y estoy tan sólo en un alto, tengo, para hacerlo así, los permisos necesarios.

DOÑA BEATRIZ

*(Todavía inquieta.)*

¿Pero... pensasteis...?

TERESA DE JESÚS

¿Qué, madre?

DOÑA BEATRIZ

*(Vacilando.)*

Tal vez convendría...

TERESA DE JESÚS

¿Os llamo

para pedir os consejos  
que Dios ya me tiene dados?

*(La Hermana Tornera abre la puerta del fondo; deja pasar á Don Antonio Pérez y vuelve á salir, cerrando: avanza el caballero resueltamente.)*

ANTONIO PÉREZ

*(A Teresa de Jesús, con altanería.)*

Vuestra Merced quiera hacerme  
la inmensa Madre Priora...

TERESA DE JESÚS

Soy Teresa de Jesús,  
señor, una humilde monja.

ANTONIO PÉREZ

*(Cambiando de tono.)*

¿La de Avila está en Pastrana?  
¡Largo anduvo en pocas horas!  
Las últimas cartas vuestras  
las pusisteis de Segovia.

TERESA DE JESÚS

Para el servicio de Dios,  
muchas leguas son muy pocas.

*(Dirigiéndose á la Madre Priora.)*

Provéame cómo avisen  
á Doña Ana de Mendoza,  
Madre Priora, y que mire  
lo más pronto en estar pronta;  
que del Rey viene y no espera  
quien la quita de nosotras.

*(Sale Doña Beatriz por la lateral derecha; Teresa de Jesús ofrece á Don Antonio Pérez el sillón en que se acomoda.)*

Huélgome que hayáis pensado,  
para este negocio, en todas  
las asperezas que tiene,

trayendo lanzas de escolta.  
 Tampoco yo me fiara  
 de los caminos y trochas  
 en estos tiempos, señor;  
 y más cuando estas son horas  
 que habréis de romper, volviendo  
 la maraña de las sombras...  
 ¿Pensasteis, para Doña Ana,  
 en cabalgadura honrosa  
 ó en silla apropiada?

ANTONIO PÉREZ

(Desconcertado.)

¿A qué  
 la pregunta?

TERESA DE JESÚS

No es devota  
 de caminadas y pasos  
 la de Eboli, como esotras  
 novicias que me acompañan  
 por las calzadas, gustosas.  
 Una tengo, con más trazas,  
 que de lega, de pastora;  
 y me cae en gracia verla  
 gateando por las rocas;  
 mi Bernarda en tales zancas  
 asegura la persona,  
 que, viéndola quieta, es roble  
 cercenado á ras de copa;

y cuando, pasando un río  
 bajo en aguas y ancho en ondas,  
 sin que protestas me valgan,  
 en brazos suyos me toma,  
 os digo que á la mitad  
 mis maravillas se tornan  
 de ser yo tan de Jesús  
 siendo ella tan de Cristóbal...  
 Pero novicia la de Eboli,  
 no da en pujos de pastora,  
 y obraréis bien, evitándole  
 la caminada á estas horas.

ANTONIO PÉREZ

¿Hablasteis con la Princesa,  
 ó ella os ha hablado, señora,  
 de abandonar el convento,  
 que estos consejos importan?

TERESA DE JESÚS

Hablé con Dios.

ANTONIO PÉREZ

En la Corte  
 pensamos—y el Rey apoya—  
 que la de Eboli persiste,  
 con vuestra gracia, en ser monja.

TERESA DE JESÚS

La Corte tiene unas leyes

y aquí nos tenemos otras;  
y verdad de Corte, á veces,  
aquí mentira se torna.

ANTONIO PÉREZ

Pero yo...

TERESA DE JESÚS

Vos entendéis  
de la vida y de sus pompas;  
pero no de templar gaitas  
en conventillos de monjas.

ANTONIO PÉREZ

No piensa el Rey que unos sellos  
puestos, para hacerles honras,  
al pie de súplicas mías  
que, más que ordenan, imploran,  
tan á mal han de tomarse  
por quien tanto del Rey logra,  
que escándalo á todos sean,  
sin mirar á su persona.

TERESA DE JESÚS

Menos piensa Dios que escándalos  
de aire al fin, ya que los forman  
por quitar polvo á la tierra  
los revuelos de unas tocas,  
tanto suspendan á quien  
sólo profesó en sus honras,

que deje á Dios indefenso  
por mirar á las personas.

ANTONIO PÉREZ

No os entiendo.

TERESA DE JESÚS

Ni ello falta;  
señor Secretario, importa  
que me recordéis al Rey  
los negocios de Segovia,  
de que le veáis; la fuente  
que en tierras reales cobra  
los caudales de sus aguas  
y aun tiene seca la boca,  
que dé provisión; que entienda  
en los pleitos que trastornan  
nuestra casa de Sevilla  
que le escribió la Priora,  
que él sabe ya; y así, mande,  
que aquí quedan unas monjas  
rezando por él.

ANTONIO PÉREZ

Vos, madre,  
sabéis con cuán poca cosa  
me obligáis, y así, confío  
que pondréis lo que á vos toca.

TERESA DE JESÚS

Si que os obligue queréis

y ha de ser con poca cosa,  
yo mandaré que os regalen  
con medio vaso de aloja.  
A más no alcanza, señor,  
la pobreza de unas monjas;  
lo demás, como es de Dios,  
es sólo Dios quien lo otorga.

*(Sale Teresa de Jesús por la lateral derecha; queda Antonio Pérez un instante pensativo; luego se encoge de hombros y torna á su sillón. Una pausa. Viene Catalina de Yepes, caído el velo y seguida de otra monja, que también lleva el velo caído y que quedará junto á la puerta; Catalina de Yepes trae un medio vaso de aloja sobre un platito, y se llega á Antonio Pérez, que bebe en él.)*

ANTONIO PÉREZ

*(A medio beber.)*

¿Previnieron á Doña Ana?

CATALINA DE YEPES

*(Viendo entrar, por la derecha, á la de Eboli.)*

Ella, de por sí, os responda.

*(Acaba de beber Antonio Pérez; se pone en pie: las monjas*

*tas saludan á la Princesa y salen; Antonio Pérez y la de Eboli aguardan á que se alejen para hablar.)*

PRINCESA DE ÉBOLI

*(Con cierto angustioso misterio.)*

¿Nada ha cambiado en la Corte desde que yo faltó?

ANTONIO PÉREZ

*(Con muestras de confusión.)*

Nada.

PRINCESA DE ÉBOLI

¿Y el de Escobedo?

ANTONIO PÉREZ

Sagaces  
los sabuesos que le guardan,  
supieron hasta hoy librarle  
de todas nuestras celadas.

PRINCESA DE ÉBOLI

Hace meses, no son días,  
dejé la Corte; á Pastrana  
me recogí, simulando

vocaciones que alejaron  
de mí las sospechas, puesto  
que vos en acción quedabais;  
y dejando en vuestras manos  
un mandato y una daga,  
esperé que el de Escobedo  
callaría. No ignorabais  
que juró, sobre el derecho  
de la pasión que al monarca  
supe inspirarle, poner  
la bastardía del de Austria;  
que sabe nuestros amores  
y hace del saberlos arma  
para combatir, al lado  
del viejo Rey, mi privanza;  
que en todo el cerco sin cercas  
de los dominios de España,  
sólo el de Escobedo osó  
alzar, á mi paso, vallas.  
Bien poco de mí curáis  
cuando ordené á vuestra espada  
cerrar tan sólo una boca  
por mi amor, y os acobarda,  
mal que os tengan por osado,  
tanto una lengua villana,  
que ella sigue hablando y es  
vuestro corazón quien calla.

ANTONIO PÉREZ

*(La misma confusión de antes.)*

Ved, señora...

PRINCESA DE ÉBOLI

*(Desdeñosa y fría.)*

Os he mandado  
venir, trayéndome cartas  
del Rey, porque nuevas artes  
pienso de poner en práctica.

ANTONIO PÉREZ

*(Receloso y con voz sorda.)*

¿Pretenderéis?...

PRINCESA DE ÉBOLI

*(Con sarcasmo.)*

Gracia darle,  
puesto que vos le dais gracia.

ANTONIO PÉREZ

¡Doña Ana!

PRINCESA DE ÉBOLI

De agradecido  
callará él mismo, que hoy habla  
de despechado; la vida  
corre siempre entre dos aguas.

ANTONIO PÉREZ

¡Aun si no lo hacéis, diciéndolo  
sois cruel!

PRINCESA DE ÉBOLI

*(Secamente y con altivez.)*

¡Traéis las cartas  
del Rey?

ANTONIO PÉREZ

*(Tendiéndole un pliego, del que  
cuelgan los sellos reales.)*

Estas son.

PRINCESA DE ÉBOLI

*(Tomándolo y con un grito de  
triumfo.)*

¡Con ellas  
puedo dejar esta casa;  
y yo explicaré, llegando  
á San Lorenzo, al monarca,  
cómo el deseo de verle  
pudo en mí más que las ansias  
de vocación! Escobedo  
saldrá ganando en mi marcha.

ANTONIO PÉREZ

*(Con gravedad y cinismo al mis-  
mo tiempo.)*

Merecerais, pues las manos  
se os van á jugar con brasas,  
que no os advirtiera y ellas  
de vos misma me vengaran.

Guardo los sellos del Rey,  
nunca me diera el monarca  
permiso para allanar  
la santidad de esta casa;  
lo que me valió con monjas  
os perdería entre lanzas;  
ocultadlas, no uséis de ellas,  
¡yo mismo sellé estas cartas!

PRINCESA DE ÉBOLI

*(Estrujando el pliego con ira.)*

¡Ruin os mostráis!

ANTONIO PÉREZ

Pasos ruines  
no piden mejores armas.  
¡Quería llegar á vos  
de todos modos!...

PRINCESA DE ÉBOLI

¡Pensabais,  
no cumpliendo mis mandados,  
de encontrar conmigo gracia?

ANTONIO PÉREZ

*(Dueño finalmente de la situa-  
ción y con cierta gravedad so-  
lemne.)*

Pensaba, pues conocía